

CAPITULO DÉCIMOSEXTO

Conjuración del Mediodía. El Carbonarismo en esta parte de Francia. Complot en Marsella; el capitán Vallé en Tolón; es preso y condenado á muerte; su ejecución.—Los cuatro sargentos de La Rochela; su ejecución.—El sargento de caballería Woëlfeld. El general Bertón es llamado á Saumur; entrevistas con Woëlfeld. Plan de la conjuración; última reunión en el *Alieu*. Arresto de Bertón, Delalande y Baudrillet; interrogatorio de este último; sus confesiones. Publicación del acta de acusación del procurador general de Poitiers; sesión de la Cámara de diputados, el 1.º de agosto. Grandmenil. Los acusados de Saumur ante la Audiencia de la Alta Viena; el fiscal Mangin; declaración de Baudrillet. Pedimento fiscal; defensa de Bertón. Sentencia. Suicidio de Caffé; ejecución del general Bertón en Poitiers, y de Jaglin y Saugé en Thouars.—Nuevas condenas pronunciadas con motivo de los sucesos de Saumur, por las audiencias de Poitiers y de Orléans.—Reflexiones sobre los complots organizados contra los Borbones, de 1820 á 1822. Papel desempeñado por la clase media en estas conspiraciones.

Los procesos de que se habla en el anterior capítulo constituyen, con otros de menor importancia, la acción de la justicia en los hechos relacionados con los esfuerzos de los carbonarios en el Este de Francia. Vamos á ver ahora cuál fué su intervención en las tentativas de complots fraguadas en el Mediodía.

Población agrícola y poco intensa, en que seguían dominando las costumbres seculares y la tradición, y en que la influencia aún todopoderosa del gran propietario, del noble y del cura, mantenía el antiguo espíritu religioso y monárquico, los meridionales, sobre todo en los departamentos comprendidos entre Lyon y el mar, no podían ofrecer á la propaganda de los carbonarios los recursos que esta Sociedad encontraba, por ejemplo, en la población de las numerosas y patrióticas ciudades industriales ó manufactureras de la Alsacia. Arnaldo Scheffer, encargado de la dirección de las Ventas de esta parte de Francia, había logrado, sin embargo, establecer en Lyon un centro de acción en que venían á anudarse los trabajos de las Ventas fundadas en Dijón, Chalóns, Macón, Trévoux, Saint-Etienne, Roanne, Romans, Valencia, Grenoble, Marsella y Tolón. Pero todas eran Ventas *civiles*, pues las guarniciones de esta parte de Francia no aportaban á la Asociación más que un contingente casi nulo. Marsella era la única ciudad de la región que encerraba una Venta militar; la Sociedad era allí dueña de un batallón del quinto regimiento de línea, al mando de un oficial resuelto, el comandante Carón, del cual no se sabe si era pariente del coronel del mismo nombre, fusilado en Estrasburgo.

Desorganizados en el Este, pero dispuestos á hacer un nuevo esfuerzo en el Oeste, con ayuda de los *Caballeros de la libertad*, los jefes del Carbonarismo deseaban ver estallar, en una de las grandes capitales del Mediodía, un movimiento que, dividiendo la atención del gobierno y manifestando la acción de la Sociedad en los puntos más opuestos del reino, tuviese el doble resultado de operar una diversión favorable á los conjurados de la cuenca del Loira y prevenir los desaliientos inevitables después del primer fracaso. Arnaldo Scheffer y Corcelles hijo bajaron inmediatamente al Ródano, y el 10 de enero, es decir, nueve días después de haber salido este último de Befort, llegaron los dos á Marsella y se enteraron, por el comandante Carón, de que el gobierno empezaba á sospechar de él y de que el ministro de la Guerra acababa de ordenar su traslado

inmediato á París. Horas después llegó la orden de prender al comandante á consecuencia de un arresto operado en Tolón.

Entre los oficiales á media paga ó de reemplazo que se habían afiliado al Carbonarismo marsellés, figuraba el capitán Vallé, de la antigua guardia imperial, hombre enérgico que, deseoso de combatir en favor de los griegos, sublevados entonces contra el sultán, organizaba en Marsella una compañía de voluntarios destinados á seguirle á Morea. Esta compañía era, al mismo tiempo, un medio de que se servía Vallé para disimular su activa propaganda en favor del Carbonarismo. El activo capitán trató de obtener la afiliación de los oficiales retirados ó de reemplazo que abundaban en Tolón, como en Marsella, y el 9 de enero reunió á unos cuantos en un almuerzo, durante el cual les leyó una especie de programa en que se expresaban el objeto de la Asociación y las condiciones impuestas á los iniciados. Aquel mismo día, los periódicos anunciaban el descubrimiento del complot de Befort. Esta noticia, enlazada con la inesperada proposición de asociación secreta, hecha ostensiblemente por Vallé en un sitio público, sin el menor misterio, inspiró recelos á uno de los comensales, el capitán Sicard, procedente también de la guardia imperial; recelos que manifestó con palabras por las cuales Vallé se mostró lastimado; cambiáronse frases ofensivas; Sicard trató de *agente provocador* á Vallé; éste se indignó y aquel fué en busca del comisario de policía, que acudió en el acto; en presencia de este funcionario, Vallé rompió el programa que había leído, arrojó los pedazos por la ventana y se dejó prender.

En sus confidencias sobre las fuerzas de que el Carbonarismo disponía en Marsella, Vallé había pronunciado varios nombres; inmediatamente fué transmitida á la policía de dicha ciudad la orden de prender á todas las personas por él designadas; orden que se recibió al mismo tiempo que la noticia de que los viajeros procedentes de Lyon acababan de hospedarse en casa del comandante Carón. Hacía tiempo que se tenían sospechas de este oficial superior; en seguida se mandó prenderlos á él y á sus dos huéspedes; pero al presentarse los polizontes en casa de Carón, se enteraron de que éste acababa de salir en la posta de París, acompañado de los dos forasteros. Se creyó poderlos coger á su llegada, haciendo funcionar el telégrafo. Arnaldo Scheffer y Corcelles, en previsión de esta medida, cambiaron de coche en Valencia; Carón hizo lo mismo en

Lyon; de modo que cuando la policía de París se presentó á registrar la posta, la encontró vacía.

Los individuos presos en Marsella eran seis, quienes comparecieron, con el capitán Vallé, ante la Audiencia del Var, convocada extraordinariamente en Tolón. Se les acusaba de ser agentes de un complot encaminado á derribar al gobierno, y de haber hecho proposiciones, no aceptadas, de tomar parte en dicho complot. La acusación no tenía más base que el programa de asociación secreta leído por Vallé, y cuyos pedazos había recogido y unido la policía, y algunas confesiones de

chos de participación en la Sociedad de los Carbonarios.

Hasta entonces el gobierno no había tenido más que sospechas ó informes vagos sobre la existencia de una sociedad política secreta de carbonarios, á quienes servían de lazo común las cóleras suscitadas contra él entre el paisanaje y el ejército. Los últimos procesos acababan de poner á la autoridad en plena posesión de todos los detalles de la organización material de los carbonarios; organización uniforme y que era la misma para todas las Ventas particulares ó centrales; pero no



Recepción de la Duquesa de Berry por Luis XVIII. (Copia de un grabado de la Biblioteca Nacional, París.)

participación escapadas á varios acusados al incoarse el proceso, y de las cuales se retractaron en la Audiencia. Ni aquellas confesiones ni el programa atribuían un fin determinado á la Asociación; pero, á pesar de la inanidad de aquellos cargos, Vallé y los contumaces fueron condenados á muerte. Los demás acusados fueron absueltos, salvo uno que fué condenado á diez años de destierro. Antes de sufrir la degradación de la Legión de honor, se tragó las insignias y fué al suplicio con la mayor serenidad. Su ejecución tuvo lugar en la plaza de la Puerta de Italia, en Tolón, el día 10 de junio.

La firmeza de aquel veterano, que la muerte hacía caer en un cadalso, después de haberle respetado durante veinte años en todos los campos de batalla de Europa, había de encontrarse también, poco tiempo después, en el corazón de cuatro jóvenes sargentos del 45.º regimiento de línea de guarnición en La Rochela, los llamados Bories, Goubin, Pommier y Raoulx, quienes después de haber sido dejados de reemplazo por suponerseles afectos á los principios de la Revolución, fueron encausados, condenados á muerte y ajusticiados en París por la misma causa política y por los mismos he-

de enseñaban nada más. El descubrimiento de una Venta no podía conducir al conocimiento de otro grupo de afiliados. Cada uno de éstos se hallaba protegido, por su aislamiento, contra la debilidad ó la indiscreción de los individuos del grupo vecino.

La ejecución de aquellas sentencias fué un golpe de muerte para el Carbonarismo; semejante inmolación sembró el desaliento y la desorganización en el seno de la Sociedad; el prestigio de misterioso poder que constituía su principal elemento de influencia y de acción quedaba destruído.

Por una lastimosa coincidencia, los periódicos relataron el suplicio de los cuatro sargentos de La Rochela, al mismo tiempo que describían una suntuosa fiesta dada la misma noche en las Tullerías, para solemnizar el natalicio de una joven princesa, hija de la duquesa de Berri. Los adversarios de los Borbones vieron una especie de ultraje al pudor público en aquella simultaneidad de una fiesta en la corte y una ejecución política en la plaza de Grève. Ocho años más tarde, la familia en quien recaía principalmente la responsabilidad de aquellas inmolaciones y de aquellas monstruosida-

des veía su trono destrozado por el pueblo enfurecido, y sus miembros, arrojados del reino, tomaban por tercera vez el camino del destierro con la joven princesa cuyo natalicio habían festejado el 21 de septiembre de 1822. Este aniversario fué solemnizado en 1830, no ya en las Tullerías, sino en la plaza de Grève, con una especie de fúnebre ceremonia hecha en honor de los cuatro sargentos, y la plaza en que habían sido ajusticiados, consagrada por su recuerdo, cesó de ser el sitio de las ejecuciones criminales.

Cierto es que la defensa es el primer derecho de todo gobierno; mas para que este derecho exista es preciso que el poder que le invoca se encuentre atacado, y á los cuatro sargentos del 45.º regimiento de línea decapitados no se les podía imputar ningún acto de resistencia, ni de rebelión, ni aun siquiera de indisciplina; no se les quitó la vida en expiación de ningún acto atentatorio, sino de una intención, de un pensamiento, de una idea de conjuración. Pero, desgraciadamente para la Restauración y para sus príncipes, el gobierno se encontraba en manos de hombres cuya fría exaltación de sectarios no permitía ni la verdadera inteligencia política ni la piedad.

El 5 de octubre siguiente, menos de quince días después de la ejecución de Bories y de sus camaradas, el suplicio de un general y de otros dos reos políticos, ajusticiados en las plazas públicas de Poitiers y de Thouars, puso fin á las múltiples conjuraciones organizadas en los departamentos del Oeste.

A últimos de diciembre de 1821, transmitióse de París á los *Caballeros de la libertad* del Anjou y de la Bretaña, al mismo tiempo que á los *Carbonarios* de Alsacia, la orden de moverse. Saumur no era el único centro de los complots preparados en el Oeste; existía en Nantes otro foco de conspiración que se apoyaba en el 13.º regimiento de línea y en los considerables grupos de Carbonarios y Caballeros de la libertad, organizados en Rennes, Brest, Saint-Brieuc, Saint-Malo y otras localidades bretonas. Los principales conjurados de Saumur, Nantes, Angers y poblaciones intermedias acordaron que el movimiento partiese de Saumur; y al día siguiente de este acuerdo, la escuela de caballería y la guardia nacional saumuresa y los comités de las localidades urbanas ó rurales de la región recibieron aviso de que el levantamiento se verificaría el 25 de diciembre, á la misma hora en que había de estallar, según se decía, el movimiento de Befort. El 24, cuando cada cual se preparaba para los acontecimientos del día siguiente, estalló un violento incendio en casa de un comerciante de Saumur. Los habitantes acudieron al teatro del siniestro; los alumnos sargentos de la escuela, casi todos caballeros de la libertad, prestaban auxilio con una bomba en el sitio más peligroso, cuando se derrumbó un muro matando á nueve ó diez alumnos é hiriendo gravemente á cinco ó seis. Al transportar los muertos, encontrése en los bolsillos de una de las víctimas varias notas y listas que, entregadas á los jefes de la Escuela, vinieron á confirmar ciertas revelaciones hechas siete días antes por los sargentos Duzas y Alix acerca de la complicidad de numerosos alumnos en una conjuración organizada por los *Caballeros de la libertad*; revelaciones á que había dado poco crédito el comandante de la Escuela, general Gentil Saint-Alphonse, quien se

limitó á transmitir las á su superior inmediato, el general Jamín. Este, á su vez, no hizo más que ordenar un registro domiciliario y el arresto del teniente de artillería Delón, señalado como uno de los agentes más activos del complot. Avisado oportunamente, Delón logró escapar, pero el 24, pocas horas después del descubrimiento de las listas, fueron presos treinta y cinco cuarenta sargentos.

Como estas prisiones y la catástrofe que las había ocasionado quitaban á la conjuración unos cincuenta de sus miembros más activos y resueltos, paralizaron las disposiciones convenidas para el día siguiente. Algunas semanas después, los individuos del comité central de Saumur, en vista de que los presos guardaban el silencio más absoluto sobre la conjuración, y de que llegaban quejas de todas partes sobre su inercia, resolvieron reanudar el complot, á cuyo fin primitivo se unía ahora el de libertar á sus correligionarios prisioneros. En una reunión celebrada el día 9 de febrero en casa del Sr. Fournier, ex alcalde de Saumur, se acordó notificar al comité directivo de París aquel proyecto de un nuevo movimiento, y enviar á los comités y á las Ventas de los departamentos vecinos diputados encargados de hacerles la misma comunicación y reclamar su concurso. Aquella misma noche, el comandante Gauchais marchó á París, Bourdón á Poitiers, Folie á Niort, Chauvet á Mans, y Grandmenil á Angers y Nantes.

Los nanteses se habían adelantado y trataban ya de utilizar los elementos de insurrección agrupados en torno de ellos; pero deseando aumentar la coherencia y la fuerza de aquellos elementos, hubieran diferido probablemente el emplearlos, si el comité de París, al ver sus esperanzas fallidas en Befort, en Marsella y hasta en el mismo Saumur, no hubiese insistido mucho en favor de un movimiento que reparase cuanto antes las tres derrotas sin combate que la causa común acababa de sufrir. A tales instancias, los conjurados nanteses se habían reunido y concertado con los *Carbonarios* y con los *Caballeros de la libertad* de las demás ciudades bretonas, y se preparaban todos para un esfuerzo decisivo que había de intentarse á últimos de febrero, cuando dos sargentos, llamados Feydit y Ranvaud, denunciaron el complot y determinaron el arresto de varios oficiales y sargentos del 13.º regimiento de línea y de algunos de los conjurados más influyentes de la ciudad.

Grandmenil llegó á Nantes un día después de este acontecimiento; pero en vez de encontrar los ánimos abatidos, vieron á los demás conjurados más dispuestos que nunca á continuar la lucha. Todos acogieron con entusiasmo la promesa del nuevo levantamiento proyectado por los saumureses. Grandmenil dió á conocer los principales detalles del complot; enterados los nanteses de que aún no se había designado jefe militar para dirigirlo, le aconsejaron que solicitara el concurso del mariscal de campo Bertón, que había acudido espontáneamente de París á ofrecerles su espada y que aún debía encontrarse en Rennes.

El general Bertón pertenecía al numeroso contingente de oficiales de toda graduación, cuya carrera había roto la Restauración en su ciego apasionamiento y que la indignación y la miseria precipitaban fatalmente en los complots. Había mandado una brigada en Waterloo,

y se dió á conocer publicando una relación de aquella jornada, que los periódicos liberales citaron con elogio. Víctima de persecuciones sin medida, como muchísimos compañeros suyos del antiguo ejército, se había convertido en uno de los adversarios más decididos de los Borbones. Relacionado con varios miembros de la Alta Venta, Bertón se ofreció para ponerse al frente de la insurrección del Oeste; pero como el comité directivo reservaba aquella jefatura á otro general, le contestó con evasivas. No escuchando más que su impaciencia, Bertón se puso en camino, y, por mediación de uno de sus antiguos ayudantes, retirado en Rennes, hizo que los nanteses aceptaran sus servicios. Obligado á salir de Nantes después de las prisiones operadas en el 13.º regimiento de infantería, se fué á Rennes, donde le encontró Grandmenil, quien le propuso la dirección militar de la insurrección, ignorando que, en aquel mismo momento, el comité de París la confiaba al conde Pajol, general lleno de fogosidad y de audacia. Bertón aceptó con entusiasmo la proposición de Grandmenil; los dos salieron inmediatamente para Saumur, adonde llegaron al mismo tiempo que los delegados de Rennes, Nantes y Angers, encargados de asistir á los últimos preparativos y de ir luego á enterar á sus comandantes respectivos acerca del concurso que había de prestar al movimiento.

Los últimos acuerdos se tomaron en una reunión celebrada el 17 de febrero en casa del doctor Caffé y á la cual asistieron el general Bertón, los individuos del comité central de Saumur y los señores Ferail y Chappey, delegados de Rennes; Cossin y Heureux, de Nantes; Riobé y Guérin, de Angers; Lebreton, del Mans; el coronel Bouvry, de Poitiers, y treinta comisarios en representación de Vernantes, Bauge, Bourgueil, Thouars, Montreuil, Niort y pueblos inmediatos.

El movimiento había de estallar el 23, día de mercado. Semanalmente, unos 800 *Caballeros de la libertad* que vivían en los pueblos de la región aprovechaban aquel movimiento comercial para ir á Saumur para avistarse con los conjurados de la ciudad y saber la conducta que habían de seguir; esta vez se les haría esperar en los cafés y demás sitios públicos de la ciudad el momento de la insurrección. La guardia nacional contaba unos 600 hombres, equipados y armados y adictos casi todos al complot. Los alumnos de la Escuela de Caballería y una compañía de granaderos del 44.º regimiento de línea, acuartelada en el castillo, componían la guarnición. La Escuela estaba con los revolucionarios, máxime cuando muchos de sus compañeros comparecían en aquel momento ante el consejo de guerra de Tours, y un oficial y varios sargentos y soldados de la compañía del 44.º pertenecían igualmente á la conjuración. A las diez de la noche, el general Bertón, acompañado de los miembros del comité central, de los treinta comisionados rurales, de los delegados de Rennes, Nantes, Angers, Mans y Niort, de dos pelotones de la guardia nacional y de la Escuela, se presentaría en la principal plaza, vestido de uniforme, y allí leería un manifiesto anunciando que acababa de estallar un gran movimiento en París; que Francia entera se sublevaba; que la familia real huía, y que el poder era confiado á un gobierno provisional que le había nombrado delegado suyo en los departamentos del Oeste. Duran-

te esta lectura, que terminaría con los gritos de ¡viva Francia!, ¡viva la libertad! y ¡abajo los realistas!, un fuerte destacamento de guardias nacionales subiría al castillo, cuya puerta, guardada por cinco soldados y un cabo adictos al complot, estaría abierta, y tomaría posesión de dicha fortaleza, en que se hallaban encerrados 25 ó 30 cañones, 30.000 fusiles y una cantidad considerable de municiones. La Escuela seguiría el movimiento; el somatén y la generala llamarían á la plaza al resto de la guardia nacional, así como á los afiliados rurales esparcidos por los sitios públicos de la ciudad y que serían inmediatamente armados con los fusiles del castillo; los delegados de fuera llevarían inmediatamente la noticia á todas las grandes poblaciones del Oeste, y los treinta comisionados irían á galope tendido á hacer tocar el somatén en todos los cantones de ambas márgenes del río, desde Tours hasta su desembocadura. El día siguiente, 24, al amanecer, varios destacamentos apostados á unas cuantas leguas en las carreteras de Tours, Mans, Thouars y Doué, tendrían la misión de detener á los comandantes generales de los departamentos vecinos y que serían llamados con toda urgencia á Saumur por medio de partes falsos revestidos de las firmas del general Gentil Saint-Alphonse y del subprefecto, cuyas estampillas se tenían; dos columnas volantes recorrerían el país á fin de hacer enarbolar por todas partes la bandera tricolor y activar el levantamiento en masa; en fin, otro destacamento, el más numeroso, provisto de cañones y compuesto de la compañía de granaderos del 44.º, de la mayoría de los sargentos de la Escuela, de 700 á 800 individuos de la guardia nacional y de los afiliados rurales armados durante la noche, se trasladaría rápidamente á Angers para sublevar esta ciudad y dar á la insurrección el 44.º regimiento entero. Se esperaba que en menos de tres días habría seis ó siete departamentos, con sus guarniciones, en armas.

Estas disposiciones, preparadas con tiempo, fueron aprobadas por la reunión, la cual nombró un comité ejecutivo compuesto del general Bertón, el comandante Gauchais, el doctor Caffé y los señores Fournier, antiguo notario de Saumur, Maudin y Duveau, propietarios influyentes de las cercanías. Cada cual se separó dándose cita para el 23. Pero una vez aislados y puestos enfrente de la responsabilidad de una insurrección en que habían de tomar personalmente la iniciativa, los miembros del comité ejecutivo domiciliados en Saumur pensaron que el hacer partir de esta ciudad la señal de la insurrección ofrecía gravísimos inconvenientes. A su juicio, muchos habitantes podían vacilar en el momento convenido, mientras que no había que temer esta indecisión si Saumur, en vez de dar el impulso, lo recibía de la gente del campo; á la sola aparición de la bandera tricolor se sublevarían los pueblos, y sus revolucionarios, al invadir la ciudad, imposibilitarían toda oposición y arrastrarían á los irresolutos. Opinaban que lo mejor sería iniciar el movimiento en Thouars, pequeña población amurallada, distante siete leguas de Saumur y cuyos habitantes pertenecían en masa á la causa de la libertad, sin más guarnición que cinco gendarmes adictos, según se decía, á la misma causa. No había allí ninguna resistencia que temer; ni en su reunión ni en su marcha encontrarían los conjurados obstáculo algu-

no, y su columna, engrosada de pueblo en pueblo, se presentaría á las puertas de Saumur con una fuerza de miles de hombres. Estas consideraciones convencieron al comité; el plan primitivo fué abandonado, y se acordó que la insurrección, retrasada un día, estallaríá el domingo 24. El general Bertón se dejó imponer aquellas modificaciones, y el jueves, 21, guiado por el comandante Gauchais y por el teniente Delón, en un país para él completamente desconocido, llegó á Thouars y fué introducido, bajo el nombre de Dubois, en casa de un propietario de la localidad, llamado Saugé, donde no tardaron en visitarle el teniente Pombas, comandante de la guardia nacional, los principales habitantes y gran número de oficiales retirados ó de reemplazo, alcaldes y concejales de los pueblos vecinos, todos los cuales venían á asegurar el absoluto concurso de sus conciudadanos y á recibir órdenes. Durante tres días, Saugé ignoró el verdadero nombre de su huésped; las numerosas visitas que le hacían se lo hicieron considerar como un agente del gobierno encargado de alguna misión secreta. Hasta la noche del 23 no dió Bertón su verdadero nombre anunciando á Saugé que había venido á sublevar la población el día siguiente.

El domingo, 24 de febrero, á las cuatro de la madrugada, el general, de uniforme y con todas las insignias de su antiguo empleo, se fué á casa de Pombas, donde le esperaba un numeroso grupo de conjurados, como asimismo el Sr. Heureux, delegado de Nantes y maestro de postas en Nozay, quien después de haber llegado el día antes á Saumur, conforme se había convenido en la reunión general, no vaciló en ir á juntarse con Bertón en Thouars. Enarbolaron la escarapela tricolor; se repartieron los cartuchos; dióse la orden de batir generala, tocar á somatén, colocar centinelas á las puertas de la ciudad, prender al alcalde y al cura y apoderarse de los caballos de montar que poseían varios realistas ricos de la localidad. Todas estas disposiciones fueron inmediatamente ejecutadas; los gritos de ¡á las armas! ¡viva la libertad! y ¡viva el pueblo! resonaron en la calle; un pelotón de hombres armados, al mando de un ex sargento de gendarmería llamado Saunión, invadieron el cuartel de gendarmes, les hicieron montar á caballo y les obligaron á ir á ponerse á las órdenes de Bertón. No tardaron en llegar de fuera varios grupos de conjurados dirigidos por los señores Enrique Frandín, médico y teniente de alcalde de Parthenay; Moreau, teniente de húsares, de la misma población, y Sennechault, propietario en Thenezay. Bertón fué á la alcaldía, visitó algunas armas que allí se encontraban en depósito, bajó á la plaza pública, donde Heureux leyó dos proclamas, una dirigida al pueblo y la otra al ejército. La proclama al pueblo anunciaba el derrocamiento de los Borbones, la validez de las ventas de bienes nacionales y la supresión de los impuestos sobre la sal y las bebidas. Heureux añadió que los generales Lafayette, Foy y Demarçay y los señores Benjamín Constant, Keratry y Voyer de Argensón componían el gobierno provisional, y que el primero de dichos diputados estaba además encargado del mando en jefe del ejército. Bertón pronunció después algunas destituciones de alcaldes, jueces de paz y escribanos, nombró comandantes de guardia nacional, libertó parte de los presos y puso á los demás bajo la simple vigilancia de nuevas autoridades, y á las

siete y media de la mañana se dispuso á ponerse en marcha. Las tres horas empleadas en cuidados inútiles ocasionaron la inquietud y la vacilación en los habitantes tímidos; pasado el primer momento de sorpresa, niños y mujeres se esforzaron en retener á sus padres y maridos. Estas influencias no hubieran tenido efecto si el general hubiese salido de la ciudad inmediatamente después de haber enarbolado la bandera tricolor, anunciado la caída de los Borbones y proclamado el nuevo gobierno; bajo la impresión inmediata de aquellas noticias, le hubieran seguido unos 500 hombres, mientras que no pasaron de 130 los que salieron con él de Thouars. Al frente de la pequeña columna, precedida de un tambor, marchaban los cinco gendarmes que componían la brigada del cantón y un antiguo soldado llamado Jaglin, que llevaba una bandera tricolor; tomaron el camino de Saumur sin encontrar en parte alguna los hombres que de pueblo en pueblo habían de engrosar sus filas. El cambio de las disposiciones primeramente tomadas, y cuyos principales detalles se habían propalado por todas partes, turbó los ánimos, pues nadie se lo acertaba á explicar. Los campesinos creyeron que la ciudad negaba su concurso, puesto que era preciso ir á Saumur para obligar á sus habitantes á que se sublevaran. Quizá hubieran vacilado menos si la columna de Bertón hubiese sido más numerosa. Cada pueblo había escalonado en el camino algunos habitantes encargados de espiar el paso de los insurrectos; la aparición de la bandera tricolor arrancaba desde luego algunos vivas; pero, después del desfile de aquella tropa tan débil, los lugareños se volvían descorazonados.

A las dos y media, la pequeña columna entró en Montreuil, pueblo muy importante situado á medio camino de Thouars á Saumur; había empleado seis horas en andar cuatro leguas. Unos veinte hombres de esta cabeza de partido se unieron á la columna á los gritos de «¡viva la libertad! ¡abajo los derechos reunidos!» Cuatro gendarmes de la brigada formaron al lado de sus compañeros de Thouars; el quinto había ido por un atajo á llevar á las autoridades de Saumur la noticia de la aparición de los insurrectos. Se dijo que estas autoridades ignoraban por completo lo que estaba pasando; la verdad es que los únicos que no lo sabían eran el subprefecto y el presidente del tribunal civil. Los saumurenses esperaban que Bertón se presentaría próximamente á las doce del día. Por la mañana, todo el mundo estaba aún lleno de decisión; pero muchos, inquietos á causa de la inmovilidad y del silencio que reinaban dentro y fuera de la ciudad, se desalentaban de hora en hora. Un solo hombre, el señor Chauvet, profesor de bellas letras destituido, que se había hecho tintorero, tuvo el valor de salir en pleno día, vestido de uniforme de la guardia nacional, con una bandera tricolor en la mano y una escarapela de los mismos colores franceses en el sombrero, con las cuales recorrió las principales calles de la ciudad, sin que nadie se atreviese á seguirle ó prenderle. Heureux, que se había adelantado para anunciar la sublevación de Thouars, fué el primero que dió á conocer la próxima llegada de Bertón. Tisseau y Bastien partieron inmediatamente y encontraron al general en Montreuil; el doctor Caffé no tardó en juntarse con ellos; todos dan prisa á los insurrectos. A las seis de la tarde, llegó Bertón por fin á la



LA DUQUESA DE BERRY Y SUS HIJOS

(Cuadro de Francisco Pascual Gerard, existente en la galería de Versalles)